

LA OBRA DE HUMBERTO GIANNINI Un modo diferente de filosofar*

JOSÉ ECHEVERRÍA

Acaso sea lícito definir la filosofía como una tentativa de pensar de modo riguroso, y de ser posible apodóctico, los temas y problemas de nuestra existencia personal. Por lo primero, por su exigencia de rigurosidad, la filosofía, si se acepta tal definición, se aproxima a las matemáticas y a las ciencias y genera nuevas ciencias, que se desgajan de su tronco; pero, por lo último, por ocuparse de los temas y problemas de la existencia personal de cada uno, la filosofía se inclina, por el contrario, hacia la novela, el poema, el diario íntimo. El filósofo vive, pues, si esto es así, la tensión de este doble reclamo y deja de ser tal cuando cede a uno solo de ellos: cuando traiciona el uno en favor del otro. Tal vez la ocasión me sea dada alguna vez de escudriñar con mayor detención y latitud en este drama propio de la tarea filosófica.

Ahora quiero hablar de un filósofo en particular: de Humberto Giannini, quien se me aparece como la voz más original y novedosa, más valiosa, que América Latina haya producido hasta ahora, aunque pudiera haber muchas que desconozco. Mas, obsérvese bien: si menciono la zona geográfica de que Giannini es originario, no es porque su filosofar verse *sobre* América Latina o sobre pensadores latinoamericanos; es porque filosofa *desde* las circunstancias de su vivencia en estas tierras, pero dirigiendo sus exploraciones hacia verdades que son válidas universalmente, para todos los hombres de todos los lugares y los tiempos.

Humberto Giannini es, desde luego, un excelente profesor e investigador de la filosofía, provisto de una asombrosa erudición, que se siente muy a sus anchas en la lectura e interpretación de los grandes filósofos del pasado, como lo acredita su brillante e ingente labor de profesor, pero, además, y sobre todo, de editor, introductor, traductor y anotador de obras clásicas.¹

* Estudio sobre la obra de Humberto Giannini, *La "reflexión" cotidiana: Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1987.

¹ Véase su reciente y meticulosa edición bilingüe de *Las categorías* de Aristóteles, en

Sin embargo, cuando filosofa por su cuenta, en primera persona del singular, Giannini, sin dejar de situarse en la tradición que arranca de Platón, y que expresamente invoca, se inclina, por decisión y vocación, hacia el ámbito de lo concreto y personal, como antes de él San Agustín, Pascal, Kierkegaard. En el prólogo de su libro *Desde las palabras*, se lee "...no he querido forzar las cosas en aras de una sistematicidad que tampoco estoy seguro de si es conveniente para el tipo de filosofía que aquí se practica." Y también esto otro: "Deseo ponerme muy cerca de la vida —lejos del gabinete de estudio— a contemplar cómo transcurre lo efímero, lo cotidiano, en el seno de lo eterno; o cómo lo aparentemente sin sentido, de repente, muestra algo de lo que dice desde un subsuelo que invita a explorar. Estar atento y anotar. Ése es el oficio en que me siento más a gusto."² No pensemos, empero, ni por un momento que Giannini sustituye la filosofía por crónica: mira cómo transcurre lo cotidiano, leíamos, *en el seno de lo eterno*. En estas últimas palabras me parece estar la clave para una correcta intelección del filosofar de Giannini. En varios escritos suyos, acentúa el nexo entre el estudio y la familiaridad con lo más próximo de una parte, y lo universal y necesario, de otra. En uno de los ensayos del libro que vengo citando, escribe el autor: "...cuando Aristóteles sostiene que sólo hay ciencia de lo universal, nos pone inmediatamente en el trance de tener que establecer una *conexión inteligible y legítima* entre ser como individuo y ser como género y especie (u otro modo en que se presente lo universal)." Y, al concluir este ensayo, expresa: "Aristóteles ha tenido que conceder, al fin y al cabo, a su maestro, que el lenguaje da una vuelta por un cuasi *topos uranios* a fin de iluminar y hacer inteligible este mundo nuestro."³

Humberto Giannini vive a plenitud la tensión dramática de lo filosófico. De ello da elocuente testimonio lo que hasta ahora puede ser tenido por su obra más personal y valiosa, la que, en mayor medida, confiere al autor su perfil filosófico propio: *La "reflexión" cotidiana: Hacia una arqueología de la experiencia*. Comentaré este libro, que no me es del todo transparente, lo confieso, un poco a tuestas, pero procurando la máxima fidelidad de que sea capaz al texto mismo.

El Prólogo expresa bien el modo como el autor hace suya la tensión polar ante descrita: "Cuando se dice que la filosofía tiene un aspecto esencialmente autobiográfico —e incluso diarístico— se está diciendo de otro modo que la

colaboración con María Isabel Flisfisch (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1988) y su traducción anotada del *Tratado político* de Spinoza, con la misma colaboradora (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1990).

² Humberto Giannini, *Desde las palabras* (Santiago de Chile: Editorial Nueva Universidad, 1981), p. 9.

³ Op. cit., pp. 47 y 64.

filosofía, si quiere conservar su seriedad, sus referencias concretas, no debe desterrar completamente de sus consideraciones el modo como el filósofo viene a encontrarse implicado y complicado en aquello que explica. —Se puede ir más lejos todavía y fijar el análisis justamente en el *nexo*, es decir, en el modo más universal, menos privado, por el que las cosas, el Universo, la vida misma, entran en estado de problematización filosófica.— Y esto lleva, a nuestro parecer, a abordar directa, sistemáticamente, el tema de la vida cotidiana, que es lo que haremos en los próximos capítulos” (p. 11).

La vida cotidiana se mueve entre dos extremos, señala Giannini, el domicilio y el trabajo. Éste es un movimiento de ir y venir que Giannini llama *reflexivo* “porque regresa constantemente a un mismo punto de partida” y ello tanto en el espacio como en el tiempo (p. 11). Obsérvese bien que, *prima facie*, esta denominación le es dada a la vida cotidiana sólo por su carácter cíclico. El autor insiste en no relacionar este movimiento así nombrado con la reflexión psíquica *todavía*; con este adverbio apunta, sin embargo, hacia una coincidencia eventual y deseable: “cuando el pensador se encuentra, por así decirlo, en camino entre la reflexión espacio-temporal y la reflexión psíquica, entonces nos parece que se encuentra implicado y complicado en aquello que explica” (p. 12).

Como es obvio, en el tránsito de ida y vuelta entre el domicilio y el trabajo está la calle. El libro de Giannini se nos presenta como un estudio fenomenológico del domicilio, el trabajo y la calle. La secuencia de los capítulos aparece interrumpida por pasajes escritos de un modo más narrativo y conversacional, que Giannini llama *interloquios*: uno relativo a la plaza; otro, al bar.

Sin embargo, como ya se anunció, el itinerario topológico tiene su correspondencia en otro cronológico. Y ello no es de extrañar, puesto que por la calle *se pasa*, lo que significa un proceso temporal. “Tomemos la calle como punto provisorio de referencia...investigar la calle: qué pasa con esa vida que fluye, que pulula o se detiene en ella...pasamos por la calle, no somos en ella” (pp. 19–20). El autor parece invitarnos a preguntar: ¿dónde somos, entonces? La rutina, la rotación cotidiana, “se configura alrededor del punto al que se regresa siempre y desde cualquier horizonte” (p. 23). Este punto —“eje de todo el proceso”— es el domicilio. “Así, pues, —escribe Giannini— el centro de toda perspectiva no es lisa y llanamente mi ‘yo’, como pretende la filosofía subjetivista, ni tampoco exclusivamente ‘mi ser en el mundo’ como afirma Heidegger, sino mi ‘yo domiciliado’, que es algo distinto” (p. 25).

Mas la vuelta, tras la disponibilidad de ser para los otros que es el trabajo, es vista por Giannini como símbolo de un *regressus ad uterum* (pp. 24 y 51), vale decir, al origen, al nacimiento. Y en otra parte dirá que la salida a la

calle, “a la intemperie, representa una ruptura con la ensoñación unitaria previa a la expulsión del Paraíso” (p. 26). Retengamos esto: el domicilio como útero, el domicilio como Paraíso que se pierde, cuando se sale a la calle, al trabajo. Finalmente, escribe que “aquí, en el domicilio, parece ocurrir una suerte de reencuentro consigo mismo” (p. 51). Retengamos también: al útero paradisíaco se vuelve para reencontrarnos; que es un *nuevo* encuentro.

Las palabras que Giannini emplea nos incitan a buscar, tras lo que “representa”, tras el “símbolo”, un sentido que lo cotidiano, en su circularidad rutinaria, encubre y, a la vez, manifiesta y revela.

Lo comprenderemos mejor si damos el paso de lo topográfico a lo cronológico. El curso de la semana tiene su domicilio, del que parte y al que regresa: es el domingo. El domicilio y el domingo son, dice Giannini, “lugar y tiempo simbólicos de la disponibilidad del *para sí* (p. 85). Mas agrega: “Con todo, la disponibilidad para sí, como recogimiento desde la dispersión en medio de lo ajeno, puede llegar a ser también gesto regresivo de una referencia continua al pasado, a la autoridad de los mayores, al árbol genealógico, al prestigio de la familia. Regresión incluso en este otro sentido: naufragio en la ensoñación morbosa y reiterada; o en un sueño fisiológico que sólo intenta matar el tiempo” (p. 122).

En el discurrir de Giannini me parece que se da, conforme a los pasajes citados, la apología de un cierto modo de vivir, que no consiste en reiterar o elogiar el pasado ni menos en “matar el tiempo”, sino en *conquistar tiempo* para convertirlo en un pasado que podremos recuperar, reencontrar, tras el recorrido de la calle hacia el trabajo y el regreso de éste, con sus eventuales variantes hacia la plaza y hacia el bar, una vez restaurados en el domicilio, o bien, tras la secuencia de los días de la semana, en el día domingo.

Del domicilio se sale a la calle, a ganarse el pan, el salario, el prestigio, en el trabajo; a convivir con otros en éste, bajo la disciplina de la obra en común, o acaso a solazarse con otros en el ocio, en la conversación de la plaza, lugar de encuentros y de la recurrencia urbana; cuando se trate de volver, acaso nos desviemos, hacia el bar —esos bares que casi ya no existen en nuestras ciudades— en busca de rincones oscuros, “núcleos confesionales”, “pequeños universos conversatorios cerrados”; hasta alcanzar, por fin, el regreso: el domicilio reconquistado tras las dispersiones del trayecto, que, sin embargo, confiere a éste su sentido.

Describe Giannini, con penetración y sabiduría, la conversación, comunicación abierta, sin orden, que admite improvisaciones, movida por el solo placer de conversar; el diálogo, regido por una exigencia de veracidad, por el principio de verdad, orientado hacia el desenlace de una experiencia común, esto es, un conocimiento teórico y una valoración práctica de las cosas” (p. 75); la polémica, por fin, degradación del diálogo en discusión o disputa, en

el que cada interlocutor se niega de partida a reconocer la perspectiva ajena. Analiza, también con notable acierto y erudición, la degradación de la vida cotidiana en el “nada que hacer domiciliario” (p. 96), en la pereza y la acedia, en la melancolía, en el aburrimiento.

Tras la lectura, ésta es la pregunta con que el libro de Giannini me interpela: ¿describen estos recorridos y círculos, estos despliegues y repliegues, en el espacio urbano, en el tiempo hebdomadario, un mero volver al sí mismo del que se partió? ¿o hay en el caminar cotidiano pérdidas irrecuperables de ser y ganancias esenciales? Si esto es así, ¿no debemos alimentar y promover el propósito de generar en el espacio y el tiempo de lo cotidiano *una figura*?

Cada vez que termino de leer el libro de Giannini —han sido varias— tengo el sentimiento de que algo en él se guarda o preserva, que escapa a mi comprensión, y siento por ello el deseo, la urgencia casi, de volver a empezar la lectura, en un proceso que podría ser indefinido, o bien de salir con el autor a la calle, de entablar con él, en alguna plaza, algo que, iniciándose como conversación, culminara en diálogo, o acaso de meternos en un bar y pedirle que me confie qué es, más precisamente, aquello de que escribe, y por qué lo escribe todo en apariencia tan fácil, todo, sin embargo, tan enigmático, tan misterioso, tan incitante. Tal vez el mayor talento de Giannini —pero esto es sólo una hipótesis interpretativa— consista en saber insinuar, *sotto voce*, sin decirlo jamás, que el tiempo todo de nuestra existencia es el salir, al nacer, de un domiilio y regresar a él para morir, pero transfigurados por lo vivido, y que, en el término de este trayecto, nos espera, puede esperarnos al menos, el Domingo de un buen morir, el Día del Señor, en que todos los días anteriores serán recuperados y poseídos, restaurados en lo mejor que fueron y en lo que, al sucederse y enmendarse unos a otros, llegaron a la postre a ser, a constituir como *nuestra vida*. Mas, si así fuera, Giannini habría venido diciendo, además, esta otra cosa: es que cada salida de casa y regreso a ella, cada semana de labor, cada proceso de nuestra existencia, ya se trate de un paseo, de los estudios, de un noviazgo, de un viaje, del ejercicio de una profesión, tiene un fin que lo constituye como tal proceso, que lo configura bien o mal, que le confiere una forma o lo deja informe, y que tal fin, de esto o aquello, es también el anuncio de ese día del morir en que Montaigne veía el día juez de todos los anteriores.

Si esta lectura es válida y legítima, como desearía que lo fuera, Giannini estaría indicando en su libro hacia una dimensión que podemos descubrir en todo tiempo y que lo sacraliza, por profano que nos parezca lo que en él nos proponemos y hacemos. Pues si cada regreso al domicilio, si cada día domingo, anticipa ya nuestro morir, en cuanto fin de la jornada o la semana, deberemos adquirir la sabiduría necesaria para vivirlo de tal modo que

prefigure nuestro mejor morir y contribuya a que él sea.

No todos los hombres, sin embargo, se hacen de un domicilio genuino, con ese “ánimo de permanecer” que decía Bello, con esa virtud del reencontro paradisíaco, que destaca Giannini; no todos los hombres festejan el domingo. Por tanto, leo en el libro de Giannini un *imperativo*, más que una mera descripción: el de constituírnos un domicilio y celebrar los domingos, de modo que se justifique el salir a la calle y el trabajo hebdomadario y se anuncie ya en ellos el destino al que aspiramos a vivir.

No puedo asegurar que esto sea en efecto lo que Giannini en este libro dice. Lo que en cambio, me parece indiscutible es que Humberto Giannini inaugura un modo nuevo, o que yo no conocía, de filosofar: un filosofar adherido a las cosas, a las vivencia más comunes de cada día, sin por ello abdicar del rigor, sin renuncia tampoco de nuestro anhelo de eternidad.⁴

Universidad de Puerto Rico



⁴ Además del texto mismo, es de sumo interés el Apéndice titulado “Elogio del diálogo”, que trata en forma esclarecedora del *Fedro* platónico. He tenido conocimiento de que el libro que Giannini tiene ahora en preparación va en la misma dirección que el que aquí he comentado. En él se propone el autor tratar el problema de la ética, pero más allá —o más acá— de la ética teórica, a menudo coactiva y hasta punitiva: más bien, en la experiencia del diálogo moral de todos los días, en su doble aspecto de *enjuiciamiento y justificación*. Tal libro habrá de ser seguido de una muy necesaria traducción del capítulo que Diógenes Laercio dedica, en las *Vitae philosophorum*, a Diógenes de Sínope, lo que parece indicar una reivindicación de la moral cínica.